Sevilla a 10 de agosto de 2026. Ofrenda floral a Blas Infante.

Intervención de Juan José Téllez

...la resistencia no violenta como método político activo de transformación social. Ese era el rastro que lleva hasta ese pensamiento de Blas Infante. Sin embargo, Blas Infante también enunció unas bienaventuranzas particulares que parecieran contradictorias pero no lo son.

Bienaventurados los que combaten porque ellos serán redimidos. Su combate, sin embargo, no era solo en este mundo. «Si la revolución no es para el espíritu, quedaros con vuestra revolución. El espíritu es el único revolucionario verdadero». Escribió, «se mata a un hombre, pero no se puede matar una idea». También lo dijo.

Si hemos de creer al cantautor portugués Luis [Tilia], contra la idea de violencia cabe anteponer la violencia de la idea. Pero fue el primero de estos conceptos el que arrasó a Andalucía, a Iberia y a la humanidad aquel verano que, a decir de Alicia Domínguez, trajo un largo invierno. Blas Infante fue asesinado en esta carretera a caballo entre la madrugada del 10 al 11 de agosto de 1936.

Mientras brillaban en el cielo las perseidas, las estrellas de los generales fascistas no iban a ser fugaces. Su no violencia, la de Blas Infante, iba a ser masacrada por la estrategia del terror, la del golpe de estado de los oficiales africanistas y el de una guerra cuanto más larga posible para consolidar los poderes extraordinarios de Francisco Franco, que perdudarían incluso cuando hubiera terminado con el ejército rojo, cautivo y desarmado, cuando principiaba una larga dictadura en la que los vencedores, a decir de Pedro Guerra, vencieron a los vencidos. No solo fue asesinado Blas Infante aquel día, también lo fueron otros muchos que representaban ideales distintos, pero que suponían las teselas de un mosaico diverso, el de la Andalucía y el de la España heterodoxa y plural, frente a la ortodoxia implacable de quienes solo conciben un mundo posible, el de sí mismos.

Desde hace noventa años, en las fosas de este país no solo hay huesos. Sino ideales enterrados, republicanos o socialistas, comunistas y anarquistas, sindicalistas, masones, conocedores del esperanto o simplemente autores del «crimen de la rebeldía», de la pobreza o de la esperanza. El hecho es que los restos de Blas Infante o los de Federico García Lorca simbolizan a los de otros muchos también desaparecidos, sin que nadie parezca interesado en plantear su rescate como una operación de Estado, imprescindible no para abrir heridas, sino para intentar que cicatricen.

Blas Infante no fue el único andalucista pasado por las armas noventa años atrás. También lo fueron, entre otros, Manuel Lucero, asesinado en Éfija, Pedro Pino en Jaén, Fidel Fernández, Manuel Medina y García Niebla en Córdoba, Chacón Ferrán y Adolfo Santibáñez en Jerez de la Frontera, y otros muchos. En esas fosas comunes también se pudre, desde hace noventa años, el que iba a ser el primer estatuto de autonomía andaluza si se hubiera podido impulsar en el tercer foro andaluz convocado para el 27 de septiembre de 1936, que nunca pudo llegar a celebrarse para ser ratificado luego en referéndum y enviado a las Cortes Republicanas.

A menudo se olvida, quizás intencionadamente, de que en esas tumbas sin nombre también hay otro ideal, el andaluz, en un sudario blanquiverde que una corriente de la estulticia humana parece dispuesta a enterrar de nuevo. Quizás porque Blas Infante supo denunciar que el Estado centralista ha sido la causa principal del fracaso de todos los gobiernos españoles en lo que va de siglo. Los acérrimos partidarios actuales de ese Estado centralista también son partidarios del fracaso, del fracaso colectivo y del beneficio propio.

Son los herederos de quienes mataron a aquel pobre notario de pueblo que ahora quieren orinar sobre su tumba desconocida llamándolo tarado, islamista furibundo, falso padre de una inexistente patria o traidor y enemigo de España. Se mata a un hombre, pero no se puede

matar una idea, aseguró Blas Infante. Ahora, noventa años después de matarlo, quienes quieren rematar su prestigio para matar su idea ya gobiernan en Andalucía.

Noventa años después de la barbarie, asistimos a otra nueva, a esa guerra con sordina entre los grandes imperios y las viejas democracias, entre quienes quieren un mundo unívoco y no multilateral, entre quienes niegan que el Sur exista, contradiciendo a Mario Benedetti, o lo convierten tan solo en un granero de esclavos a quienes encierran las reservas de la miseria entre fronteras más miserables aún. Ya no vale resguardar sus miserables intereses con el escudo de la solidaridad o la unidad que dicen nacional, nos dejó dicho Blas Infante. En estos días asistimos a una serpiente de verano que vuelve a colocar barreras en el corazón del viejo continente.

No queremos, no podemos ser solo Europa, somos Andalucía, Andalucía, nos recordó Blas Infante. ¿Y qué es Andalucía sino el desarrollo de la igualdad y de la libertad, que se acelera, también lo dijo, por la paz y solidaridad libre entre todos los seres humanos?. También lo dejó escrito Blas Infante, que cuentan que gritó hace justo hace noventa años y en este mismo lugar, viva Andalucía libre.

Pues eso, viva Andalucía libre, para que no vuelva a morir el hombre, para que no muera su idea, que es la nuestra. Muchas gracias. Muchas gracias.

Me temo que no voy a llegar a la altura lírica de la «Comparsa del Patriota», pero Blas Infante no ha tenido mucha gente que le escriba poemas y yo he querido hacerlo, así que si lo encuentro en el móvil os lo leo para terminar. Se titula «Las lágrimas de San Pedro», como una novela de Antonio Burgos que lo narró y se lo dedico a María de los Ángeles Infante, que lo vivió.

Érase en los días de una larga masacre, cuando la vida supuso el mayor de los delitos y había balas con el nombre de todos los sueños, salpicando cunetas y tapias de camposanto. Desde antiguo clavado estuvo aquel hombre entre la remota conciencia de la infancia, como el hambre de los miserables paseaba por la agonía triste de las tardes invernales. Sin juicio y sin justicia, alabarderos, maestras, harina manchada, ojos de jornal, cinceles rotos, lentes redondas, suelas de piel, gubias por el suelo, un lápiz, lentas espiochas, soledad de estetoscopio.

No era la muerte, Andalucía, sino uno de sus nombres. Cuando la violencia marchitaba el pensamiento, bajo el tórrido estío, las cabañuelas de agosto, sin recuerdos de paz, sin revolución ni espíritu, supo que el único infierno era el del dolor inútil y que la albonaida debiera izarse en el mástil del alma. Esclavo, decía, son los hombres que necesitan señor.

Bienaventurados los que combaten, porque serán redimidos. Al notario de Coria también le trajeron, no sepas por qué, al alcalde que supo detener a Sanjurjo, al empleado del comercio de rumbo que no aprendió a agachar la cabeza, a un diputado que votó por leyes que Dios no dictaba. Camionetas de sangre y madrugadas de fuego, en la ciudad que fuese capital de otro mundo, ordenaban silencios las estrellas fugaces y las campanas doblaban por todos nosotros.

Guirnaldas de la muerte, sombras del espanto, decidme el nombre del río que ya no se ve, ladridos en las radios, golpes en las puertas, en los cines proyectaban la palabra fin. Más miedo en las calles que en esa comitiva cuya luna de sangre tapaba el olor de la retama, los cuerpos al relente con el alma perdida, lejos del magnolio, del cálido rumor de las adelfas. El huracán vino y arrastró los símbolos y a los suyos, andaluces de todos los campos y partidos, el espíritu es, se dijo, el único revolucionario verdadero.

Viva y libre la quiso, levantada por sí.
Gracias.